

JOSE MIGUEL GOMEZ

Junio 1972 Herald



UANDO el sentimiento agarra en la entraña, difícilmente las palabras responden al aguijo de la idea. Y es que, sobre la serenidad poudrada del pensamiento, el dolor afínca y vibra soberano, salta y se encabrita como un potro en furia. Por eso no podremos darnos cuenta exacta ni comprender la inmensa desgracia que nos abrumba, hasta tanto los días pasen y el tiempo, con su acción sedante, vaya restableciendo el equilibrio mental que el dolor ha roto. Solo entonces, cuando ese sol que se llamó General Gomez se sepulte en las entrañas de la tierra, y el vacío irreparable que entre nosotros queda, adquiera su justa proporción, tendremos noticia cabal del golpe casi mortal que ha sufrido la patria cubana. Queden para esa ocasión, en que la lucidez de la mente se muestre entera y el dolor se haya atenuado, los juicios sobre el patriota, sobre el estadista, sobre el hombre.

Ahora, obedientes a la amarga actualidad, conturbadora y cruel, solo cabe dejar correr, con su natural impulso, el ánimo en su admiración y en su agobio.

Nadie podrá negar la grandeza magnífica del General José Miguel Gómez. Ni aún sus más encarnizados enemigos, dejan de reconocer, con la sinceridad que impone siempre la desgracia, los altos prestigios que poseía. Toda su vida, larga y azarosa, porque su existencia era precitada y su ánimo no se avenía a la injusticia, no es sino una sucesión ininterrumpida de nobles rebeidias y abnegados fervores patrios. Desde los días de su adolescencia casi cuando arma al brazo se batía como un sargento, según gráfica expresión del Generalísimo, hasta estos últimos tiempos de su actuación pública, jamás otro sentimiento que el del bien de la patria orientó su mente. Como el héroe epónimo de la Independencia Americana, no dió nunca descanso a su brazo ni sosiego a su espíritu mientras creyó que el ideal encendido que lanzó a los libertadores a la conquista de la independencia, corría riesgo de no lograrse o de perderse. Pero su bravura y su heroísmo guerreros, empalidecen frente a su magnífica conducta ciudadana en los días de la paz. Desde que sobre el Morro ondeó la bandera de la estrella solitaria, ya no hubo para él clases de cubanos. Sin dejar de reconocer y de premiar cuando pudo hacerlo, los méritos de los que compartieron con él los días cruentos, estimó que la perdurabilidad de la República imponía el olvido del pasado y la reconstrucción sobre una base de igualdad de hecho y de derecho. Durante su gobierno no hubo pretericiones ni cubanos que purgaran su error pasado. Todos vivían al amparo de la ley republicana y ésta no establecía diferencias. En este sentido, y en otros más, fue el General Gómez el más esforzado sustentador de la política de Martí condensada en aquella frase inmortal: "Cuba con todos y para todos".

Severo sin intemperancias, bondadoso sin debilidades, tanto en el Ejecutivo de la nación como desde su condición de simple ciudadano, dió muestras de su carácter entero y firme. La adversidad, que se ensañó con él en varias ocasiones, no logró jamás que desesperara y siempre, aún en los momentos más difíciles, su palabra, serena, confiada, plena de optimismo y de amor a Cuba, fué el prodigio que acallaba el huracán e imponía la sana disciplina colectiva. Fué un profesor de energías y un conductor de multitudes. Tenía aquella magia que inmortalizó a Napoleón y que reducía a la voluntad más rebelde y domaba al espíritu más reacto. Tan pronto cruzaba dos palabras con un hombre, se ganaba su voluntad y penetraba en lo íntimo de su pensamiento. Sabía perfectamente lo que podía dar de sí cada cual. Nunca se engañó en cuanto al valor de nadie, ni encumbró a quien no lo merecía.

Pudo cometer errores como los comete todo humano, pero nunca perseveró en ellos y siempre consultó las palpitaciones de la opinión pública para inspirarse en ellas. Por eso prendió en el ánimo del pueblo y su nombre fué el símbolo de la popularidad, la cual jamás le fué contraria ni aún en los días de derrota y de amargura.

Pero, por sobre todos sus méritos, que fueron múltiples, se destacaba, y quizás de eso únicamente presumía, su acrisolado patriotismo. Su amor a la nacionalidad no era el alarde relumbrón ni la huera palabrería. No el patriotismo que invocan a cada paso los miserables "arrivistas" y los viles "condottieros" de la política, sino el sano, fuerte, inquebrantable patriotismo que sabe del sacrificio y no ignora el heroísmo. Todavía resuenan, como voces de otros tiempos y con acentos de otras edades, aquellas palabras, alti-

2

vas como las circunstancias lo requerían, comedidas como la gratitud a la nación a quien iban dirigidas lo demandaba, que dirigió en 1912 al entonces Presidente de los Estados Unidos, Mr. Taft, por conducto de su Secretario de Estado el íntegro patriota Manuel Sanguily. "... es mi deber advertir, decía el caudillo que hoy se hundirá para siempre en las entrañas de la madre tierra, a usted que una resolución de esta especie tan grave, alarma y lastima el sentimiento de un pueblo amante y celoso de su independencia, sobre todo cuando, ni tales medidas se deciden por previo acuerdo entre ambos gobiernos, lo que coloca al de Cuba en humillante inferioridad por el olvido de sus derechos nacionales, acarreándole el consiguiente descrédito dentro y fuera del país..." ¡Duro contraste entre esta altivez y este celo por defender la soberanía de Cuba, y las gracias que, más tarde, daba otro gobernante cubano a un Ministro de Estados Unidos por su intervención en nuestros asuntos interiores!

Su grandeza escapa a nuestra pena. La posteridad, que sabe dar la justa medida de los valores humanos, se encargará de hacerle la justicia que muchos de sus contemporáneos le han negado. Y entonces, quizás, se pueda decir de él lo mismo que del Libertador de la América del Norte: "el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos".

JOSE R. HERNANDEZ FIGUEROA.

*Heraldo
 junio 19/21*